

EL ESPACIO URBANO Y ARQUITECTÓNICO COMO ESPACIO DEL HOMBRE. La conquista del lugar

María Isabel Ramírez Luque. Universidad de Sevilla

Resumen: Afrontamos en nuestro tiempo un doble desafío, que no es sólo un reto de progreso sino de supervivencia: integrar al hombre en un espacio humano e integrar el espacio humano en un entorno natural. Integrar al hombre supone integrar los sistemas sociales y sus fuerzas productivas, es decir, crear un espacio urbano que no aliene a los hombres, y que a su vez no aliene al hombre como especie biológica (que no destruya el medio natural que hace posible la vida humana). En lo que se refiere a la estructura y organización del espacio (la arquitectura) este desafío supone una superación del funcionalismo, la desalienación pasa, pues, no sólo por una racionalización tecnológica sino sobre todo por una estetización del entorno.

Summary: We are presently facing a double challenge, not just for progress but for survival: to integrate man in human space and integrate human space in a natural environment. Integrating man involves integrating social systems and his productive forces, or rather, creating an urban environment which does not alienate man, and which does not alienate man as a biological species (in order not to destroy the natural environment which makes human life possible). Regarding the structure and organization of space (the architecture), the challenge involves improving functionalism, dealienation thus passing not just through technological rationalization but through aesthetization of the environment.

Por medio del trabajo y de la técnica el hombre sustrae espacio a la naturaleza y produce su propio espacio natural, un espacio fabricado, artificial, que no sólo le permite crearse su propio entorno sino también doblegarlo y hacerlo servir tanto a sus necesidades cuanto a su gusto. Sólo en épocas muy primitivas o en culturas con escasa evolución tecnológica puede ser el arte de la edificación, la arquitectura, un mero interponer filtros entre los habitantes del espacio artificial y las presiones físicas del medio ambiente natural.

La construcción del espacio artificial es una técnica y un arte, tiene por lo tanto una doble dimensión. Por una parte pertenece al ámbito de la acción instrumental, por otra es capaz de expresar la sensibilidad de los hombres, en su cultura, y también de llenar la necesidad de acomodarse estéticamente al espacio.

En cuanto que pertenece a la esfera de la acción instrumental, la arquitectura es una técnica, no sólo porque supone la aplicación de ciertos conocimientos, sino sobre todo porque está en condiciones de aportar soluciones instrumentales a necesidades humanas básicas, pero también a necesidades surgidas de la organización social, de la economía y de la cultura. En este sentido el espacio edificado, el espacio producido por el artificio, es *habitabile* en el sentido de que sirve a las necesidades surgidas en la interrelación social y en la relación de trabajo con la naturaleza. Este espacio cumple una función, es un medio para un fin que viene dado por necesidades, y sirve como instrumento para satisfacerlas.

Pero es también un arte porque el espacio edificado no es sólo el espacio artificial creado mediante una racionalización de medios con respecto a fines de la producción de la vida humana, es también un espacio que *forma* la vida del hombre, que la expresa y al mismo tiempo se ofrece no sólo como instrumento sino como obra, como obra estética.

No obstante, hoy día empezamos a ser conscientes de que un edificio no es sólo una defensa contra el medio (una respuesta cultural frente a exigencias biológicas), ni sólo algo destinado a cumplir funciones y satisfacer necesidades, ni tampoco solamente una obra bella.

A la consideración del espacio artificial como perteneciente a la esfera de lo instrumental y de la ficción expresiva, hay que sumar hoy día todavía otra. El edificio es un elemento que interactúa con el entorno y es en sí un entorno vital. La interacción con el medio es en primer lugar física, afecta al microclima y supone una alteración de las condiciones físicas en general, pero es también una interacción que afecta al entramado de las relaciones sociales, económicas y culturales. Y es también un entorno, el medio ambiente de la vida del hombre por cuanto que a la *habitabilidad*, en el sentido instrumental o expresivo, del espacio, hay que añadir la dimensión ecológica que tiene el espacio artificial como medio natural del hombre en las sociedades actuales.

La conciencia de que el edificio no sólo cambia el microclima, sino que además configura el espacio y la cultura circundante, nos ha llevado también a la preocupación por la planificación urbanística y a proyectar el espacio urbano en función de necesidades de desplazamiento,

trabajo y ocio, cuyos resultados posibilitan y modalizan las interacciones humanas, a la vez determinantes de y determinadas por las necesidades del tejido social.

Posiblemente esto está cambiando nuestro concepto de lo que es la habitabilidad del espacio y sobre todo el concepto mismo de espacio habitable. Ya no puede ser considerado sólo como espacio útil, como espacio que sirve de medio a fines, ni tampoco como espacio bello. Empezamos a pensar que *espacio habitable* debe suponer espacio humano, entorno vital en un sentido global.

Estas preocupaciones están a la base de la arquitectura y el urbanismo de los últimos tiempos, en un intento de dar respuesta a la necesidad del hombre contemporáneo de alcanzar una relación armónica y estética con su entorno vital, a pesar de la subsistencia de una arquitectura estandarizada, o de aquella más de fachada, que se plantea fundamentalmente como objeto de una placentera experiencia visual.

De ahí que en las últimas décadas no sólo haya habido una recuperación de la reflexión en el campo de la arquitectura y el urbanismo, sino que también por parte de los usuarios se ha ido asumiendo una posición cada vez más crítica y participativa en la construcción de un entorno a su medida, no sólo a la medida de las necesidades prácticas sino también de las estéticas. La estetización del medio urbano en tanto que humanización del hábitat comienza a ser ya una exigencia ciudadana.

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que la arquitectura y el urbanismo, si bien cuentan con un dominio específico y con métodos, procedimientos y conocimientos bien establecidos en cuanto disciplinas tecnológicas, no son autónomos, ni como técnicas, ni como artes. Es insuficiente su consideración como técnicas solamente o como arte, e incluso es insuficiente su comprensión como la fusión de ambos aspectos. Tanto la arquitectura como el urbanismo tienen un desarrollo práctico que es, en una medida decisiva, heterónimo. En cuanto técnicas no están sujetos sólo a imperativos internos, a limitaciones en relación con los materiales y los procedimientos, o a condicionamientos relacionados con los conocimientos y las posibilidades físicas, tienen que responder a imperativos que no son sólo criterios técnicos sino demandas, restricciones y expectativas cuyo origen es sociológico, político y económico. Y estos imperativos externos a las técnicas son también externos a su dimensión en tanto que artes. Si el técnico no es libre para desarrollar lo que es técnicamente posible, tampoco el artista puede contar sólo con las limitaciones técnicas como condicionantes de la plástica expresiva.

La arquitectura es el arte más público, el más evidente, y también, como diría Ruskin¹, el más político. Pero también es un arte donde lo funcional de la obra es inseparable de su estética, un arte en el que la tecnología y su desarrollo influyen decisivamente, un arte en el que las condiciones políticas y económicas no sólo condicionan la subjetividad del creador sino la misma realización material de su trabajo.

Efectivamente la arquitectura está constituida por un entramado de aspectos a veces difícilmente equilibrables, quizás porque, como señalaba Hegel², es el arte más material y, yo añadiría, el menos inocente.

El menos inocente porque es imposible obviarlo: es la casa del hombre, su modo de refugio y de inserción en el medio, a la vez que el elemento que determina la forma de vida y las relaciones humanas.

Puesto que cubre una necesidad del hombre es un arte imprescindible, y, por si fuera poco, exige fuertes inversiones que cada vez en mayor grado sólo son posibles para empresas poderosas o para el Estado que pueden, en cierta manera, imponer ciertas directrices en la concepción, estilo y realización de los proyectos arquitectónicos.

El menos inocente no tanto en lo que atañe a su importancia como factor determinante del entorno humano, sino también del entorno natural. En una sociedad como la nuestra que agrade continuamente el medio ambiente, la arquitectura y la planificación urbanística en general, han sido en ocasiones un elemento más de distorsión en la relación del hombre con la naturaleza, algo que no sucede por regla general en otras artes.

Pero de la misma forma que se está cobrando conciencia de la necesidad de reconciliar la especie humana con su medio en otros ámbitos, también con respecto al hábitat urbano, empezamos a ser conscientes de que ha de hallarse una solución por encima de intereses de tipo económico o político. Es más, lo que busca el hombre contemporáneo es una ciudad a su medida, donde, aún asumiendo las imposiciones de la sociedad industrial avanzada a cuyas comodidades y servidumbres no se renunciará espontáneamente, encuentre también la experiencia del silencio y el retiro, las dos experiencias más importantes de la ciudad del futuro según

¹ Vid J. Ruskin, *Seven Lamps of Architecture* (London, 1849), Introducción y capítulo I.

² G.W.F. Hegel, *Vorlesungen über die Aesthetik en Werke* (Frankfurt am Main, 1970), t. I (vol. XIII), p. 116- 117.

Ungers, para quien no hay nada más fascinante que el contraste entre el tráfico urbano y la frescura de una iglesia.

El movimiento que se viene produciendo en las ideas de la arquitectura y el urbanismo responde, por otra parte, a una experiencia común del habitante de la ciudad moderna que de alguna manera se ha incorporado a la autocomprensión que tenemos de la civilización industrial: lo inhabitable de las ciudades modernas, el hecho de que el espacio urbano de la ciudad es un entorno no sólo deshumanizado sino inhumano, incompatible con exigencias de calidad de vida que se vuelven progresivamente más acuciantes y por tanto más presentes en la conciencia colectiva. Las nuevas perspectivas tienden a considerar que la habitabilidad del espacio supone la humanización del espacio, es decir, su concepción a la medida de la vida humana y su empleo como entorno vital capaz de proporcionar una mayor calidad de la vida.

Pero, obviamente, lo que ya no se sostiene es la pretensión de suponer una relación determinista entre el diseño de un edificio o el trazado y planificación de una ciudad y la configuración de la vida de sus habitantes.

La utopía nacida con la revolución industrial que pensaba mejorar la vida humana y al hombre mismo mejorando las condiciones materiales de esta vida, ha sido dejada atrás. El ideal ilustrado, romántico, positivista y socialista de la mejora de las condiciones materiales de producción de la vida (sobre la base de un progreso de las ciencias y las técnicas) como factor esencial del progreso práctico respondía al paradigma del industrialismo. Se tenía una concepción mecanicista de las relaciones entre el movimiento material de la vida y su movimiento espiritual, las condiciones materiales de su producción y la práctica de esta vida estaban en una relación causal. Esta visión mecánica, que hoy tenemos que cambiar por otra más sistémica, reflejaba por otra parte una oposición que la propia civilización industrial ha dejado atrás: la oposición hombre-naturaleza de la cual el primero sería liberado por medio de la industria, es decir, del trabajo hecho más eficaz y más consciente por medio de la ciencia y la tecnología. La propia industria que puso a salvo al hombre respecto de la presión de una naturaleza hostil, al dominar esa naturaleza, al instaurar un sistema de dominio de la naturaleza, introdujo al ser humano en otro entorno: el de la naturaleza fabricada, el del entorno debido a la técnica y controlado por ella. Pero con eso se produce una nueva oposición, esta vez la del hombre con respecto a su producción material, la del hombre respecto de su propio sistema de dominio sobre las cosas.

Si desde la perspectiva de la sociedad industrial el control racional sobre la naturaleza permitía humanizar al entorno al hacerlo artificial, eso se entendía precisamente como obligar a la naturaleza a humanizarse, obligar a ser entorno humano, artificio y cultura, el medio más favorable a los seres humanos y en el que estos podían realizar más plenamente su humanidad. Para nosotros el control racional de la naturaleza ha producido ciertamente un entorno humanizado en el sentido de producto de ese control, pero ahora no es lo natural sino lo artificial lo que vemos como inhumano. Y comenzamos a ver que no es por la vía del control racional, en sentido técnico, por dónde puede venir la satisfacción de esa nueva humanización que reclamamos.

Todavía en nuestro siglo la arquitectura planteada desde el proyecto moderno, centrada en la materialización de las condiciones *ideales* de habitabilidad del espacio urbano en general y de la vivienda en particular, parece que se sitúa en una línea similar. La ciudad y la casa debían estar al servicio del progreso del hombre, de su desarrollo físico, pero también, enlazando en cierto modo con las utopías del XIX, de su formación moral³.

Se trataba de hacer una arquitectura racional, una casa y un espacio urbano concebidos a partir de lo que la ciencia establecía como necesidades humanas, de lo que la técnica hacía posible y de lo que la razón dictaba como aspiraciones que deberían poder realizarse en el entorno físico inmediato del habitante de la ciudad.

Si bien este cambio radical en la concepción y el tratamiento del espacio fue necesario para contrarrestar una arquitectura plagaria y perdida en el adorno inútil, el funcionalismo, al sacrificarlo todo en favor de lo útil, de lo higiénico, de lo ordenado, derivó en un delirio de bloques de viviendas de hormigón armado repetidas infinitamente en el paisaje urbano.

Son edificios y ciudades difíciles de ser habitados porque no se puede aspirar a proyectar un estilo racionalista que ignore las peculiaridades

³ Como señala E. Subirats, *al contemplar la máquina como factor emancipador de orden social y elevarla como tal a valor estético y cultural universal, los artistas de las vanguardias restablecieron aquella dimensión radical del progreso, concebido como identidad del desarrollo científico-técnico y moral, característico de la historia de la Ilustración*. Vid. E. Subirats, *El final de las vanguardias* (Barcelona, 1989).

des geográficas, climáticas o topográficas del lugar, así como la historia, las costumbres y la cultura de los grupos humanos.

La utopía al convertirse en realidad perdió su humanidad. Como señala Michel Ragon, *el urbanismo moderno dio al pueblo la higiene. Pero no se vive sólo de agua caliente. El funcionalismo tiene el mérito de haber querido dar a los hombres lo necesario. Pero ha olvidado que los hombres necesitan también de lo superfluo.*⁴

Lo cierto es que una ciudad planificada racionalmente, pensada únicamente atendiendo al aspecto funcional, resulta aburrida, lo cierto es que el hombre no satisface sus necesidades viviendo en una jungla de cristal y de hormigón armado.

De alguna manera el paradigma de racionalidad que acompañó a la civilización industrial y que respondía al desarrollo histórico de las ciencias y de las tecnologías pasó a constituirse en una cosmovisión. Las concepciones urbanísticas y arquitectónicas obedecían a criterios de racionalización industrial y respondían a expectativas como la planificación eficiente, el aprovechamiento óptimo de recursos, la organización funcional, la economía de esfuerzos, etc.

Pero evidentemente no basta con establecer un entorno racionalizado para que la vida que en él se desarrolle siga las pautas previstas en esa racionalización, es más, es posible que el desarrollo real de la vida ya no responda, por diversos motivos, a la concepción ideal que se tenía de ésta.

Siguiendo a Gans⁵ habría que tener en cuenta que toda construcción es un *entorno potencial* en el que se intenta dar soluciones ambientales, adaptadas a los comportamientos y costumbres de sus usuarios, que pueden ayudar a facilitar o dificultar la interrelación humana y que incluso puede sugerir ciertos tipos de conducta social. Pero el *entorno efectivo* es siempre el resultado de la interacción entre el entorno construido y sus habitantes (no sólo el que viene determinado por la planificación de los edificios y del espacio), pues los usuarios vivencian y experimentan al primero desde sus propias claves perceptivas y vivenciales.

Es decir, un espacio artificial se vuelve un *entorno* no porque sea planificado y diseñado para que lo sea, sino en función de la interacción

⁴ M. Ragon, *Histoire mondiale de l'architecture et de l'urbanisme modernes* (Paris, 1971), vol. I, p. 9.

⁵ Vid H.G. Gans *The Levittowners* (New York, 1967).

entre el espacio habitable y la forma de habitabilidad que efectivamente adoptan quienes lo pueblan.

En este sentido las concepciones más actuales tienden a centrar su atención precisamente en esas claves perceptivas y vivenciales. Así, si desde el punto de vista de la racionalización, que imperó en la arquitectura y el urbanismo, la cuestión era humanizar la naturaleza mediante el artificio, ahora se trata más bien de dar *naturalidad* a lo artificial, de entenderlo como naturaleza para el hombre. Si lo artificial era antes naturaleza humanizada, se trata ahora de crear una artificialidad humanizada.

Pero no va ser nada fácil proyectar un orden espacial a la medida humana en ciudades de génesis tan compleja como las occidentales, en las que la superposición e imbricación de distintos proyectos y concepciones urbanísticas, han impedido un desarrollo coherente y orgánico. El ideal de ciudad habitable de nuestro tiempo tiene que asumir que nuestras ciudades son el resultado de una mezcla, en general poco armónica, de ciudad industrial y racionalmente planificada, y esto no las ha convertido precisamente en espacios humanos.

El signo de la ciudad contemporánea es la discontinuidad más que la organicidad, no sólo porque no ha habido un crecimiento articulado ni una planificación adecuada, sino también, y fundamentalmente, porque hemos perdido el sentido del espacio. Por nuestras ciudades no paseamos, no nos apropiamos de nuestro espacio, sino que deambulamos alienados entre un conjunto de construcciones heterogéneas y sin sentido.

La civilización tecnológica no sólo cosificó la naturaleza sino que mecanizó las relaciones del hombre con su entorno. Fueron los ingenieros los que proyectaron el espacio como una estructura estereotipada, los que impusieron un proyecto presidido por los principios de la economía y la eficacia, dirigido a cubrir las supuestas necesidades de un hombre abstracto.

La pretensión de responder a necesidades colectivas primarias y el deseo de encontrar un principio racional de organización del espacio, hicieron de éste una realidad desustancializada, abstracta y utilitaria, definida por su valor como mercancía. Cuando el espacio perdió su especificidad y se autonomizó, el hombre se sintió desvinculado no sólo de la naturaleza sino también de la cultura y de la historia, perdiendo su sentido de pertenencia al lugar.

Fueron los arquitectos de la modernidad los que, llevados por su fe en el progreso tecnológico, intentaron construir un orden nuevo de acuerdo con esa cultura tecnológica, liberando al espacio de toda vincu-

lación con lo pasado, entendiendo que éste suponía una enajenación, un obstáculo para la racionalización del espacio.

Pero la *máquina de habitar* que, según Le Corbusier⁶, tendría que ser espacio para la meditación y la belleza, fue espacio para el desencuentro. Tras la fe en el progreso tecnológico y la racionalidad de las formas propia de los años veinte, que esperaba, mediante la irrupción de nuevos materiales y de la nueva conceptualización, eliminar la enajenación del espacio, queda claro que eso desembocó en otro adocenamiento del espacio.

Aunque en las últimas décadas se ha dejado atrás el ideal racionalista, después del proceso de desmitificación de la razón, recuperándose la reivindicación de la especificidad y la diferencia frente al uniformismo y el internacionalismo, la figuración frente a la formalización, la vivencia del espacio del hombre contemporáneo sigue siendo una experiencia de extrañamiento.

El espacio aún no es el lugar, cualitativamente diferenciado, ámbito de convivencia, objeto de una planificación a la medida de las necesidades humanas, sino que sigue siendo fundamentalmente un valor de inversión en manos de quienes detentan el poder económico suficiente como para disponer de él en tanto que mercancía.

Sin embargo, aunque la necesidad comienza a sentirse, e incluso a imponerse, y aunque va tomando forma en la comprensión que arquitectos y urbanistas tienen de su obra, falta todavía una formulación consistente, una conciencia colectiva capaz de imponer esas necesidades como demandas frente al mercado y como demandas frente a la administración pública. Eso supone que no hay en realidad un proyecto global, capaz de articularse tanto en una voluntad política de los poderes públicos cuanto en una tendencia del mercado. De hecho, el habitante de la ciudad, que padece las realizaciones en las que lo prioritario es la rentabilidad económica y no la medioambiental, carece de recursos como ciudadano (frente a la administración) y como usuario (frente a las fuentes de financiación de los proyectos) que le permitan actuar como sujeto de sus necesidades globales.

Ni siquiera en la arquitectura de las últimas décadas, a pesar de decantarse por una ruptura con la racionalidad formal y una recuperación

⁶ Le Corbusier, *Vers une architecture* (París, 1923), *Le charte d'Athènes* (1942).

del elemento figurativo, encuentran eco estas reivindicaciones. La arquitectura llamada postmoderna pretende proyectar unas estructuras formales que sirvan a la comunicación, pero ésta se ve abortada porque el simbolismo al que hacen referencia aquellas queda enmudecido y sin significado.

Las alegorías arquitectónicas que usa y de las que abusa la arquitectura contemporánea, a veces no son más que el decorado que encubre la ausencia de una nueva propuesta civilizatoria. La utilización de elementos ya clásicos descontextualizados e integrados en una unidad convencional, apunta a la condición de fragmentario del discurso arquitectónico y a la concepción de la composición no como una articulación de contenidos y ambientes, sino como un elemento de evocación y disfrute para la imaginación.

Como señala Alfonso de Vicente *lo fragmentario de la obra de arte supone -aparte del elogio de la diferencia que lleva consigo y, por tanto, la tendencia a las taxonomías formales- una doble ruptura en las relaciones entre significante y significado del arte anterior, sobre todo del que toman como modelo a imitar: por una parte, la descontextualización surgida de esa indiscriminada toma de elementos de aquí y de allá; por otra, la negación de la unidad estructural entre fondo y forma, como la pretendida por otras teorías «totalizadoras» para las manifestaciones artísticas de otras épocas. Según éstas, cualquier elemento formal en el arte nace condicionado por un significado que es fruto de factores históricos y sociales. Al cambiar la sociedad y desaparecer esos factores, solamente quedan los elementos formales, desprovistos de su simbolismo*⁷.

Con ello la composición se aleja de la construcción convencional, pero no a base de introducir diferencias cualitativas en el espacio, sino por medio de la composición de imágenes. El criterio de composición tiende a sustituir la visión real del espacio por la visión de un arquetipo imaginario. En el fondo lo que sucede es que se proyecta desde la escisión entre la *construcción del espacio* y la *composición del espacio*. Lo primero, la construcción, está separado del proyectar en cuanto que se somete a las reglas del mercado, el espacio resulta así algo no disponible más que como bien económico y desde el punto de una rentabilidad que es sólo económica. Y en ese espacio restringido por el mecanismo del mercado sólo cabe componer formas, produciendo así secuencias de objetos indife-

⁷ A. de Vicente, *El arte en la postmodernidad. Todo vale* (Barcelona, 1989), pp. 109-110.

renciados, fragmentos arquitectónicos, lenguaje arquitectónico desarticulado en el que sólo cabe sustituir una forma por otra, desvinculada de su realidad material⁸.

Todo esto nos aleja de una razón unitaria de materia y forma, de una arquitectura y un urbanismo que realmente se apoderen del espacio y trabajen con éste como su materia, no sobre interminables variaciones de formas imaginarias. Una obra arquitectónica en la que la forma lo sea de una realidad espacial y donde la imaginación pueda crear en la realidad y no en un sustituto de ella⁹.

No obstante, cualquier replanteamiento tiene que pasar por el reconocimiento de que la ciudad moderna es el resultado de un proceso de acumulación, el resultado de fragmentos (entre los cuales sólo hay discontinuidad) producidos por diversos experimentos que pretendían hacer posibles utopías colectivas, formalizar mitos sociales o satisfacer demandas de grupos sociales que se incorporaban a niveles adquisitivos superiores.

El resultado es un espacio que se ha hecho difícil de habitar porque viene a ser la yuxtaposición de islas urbanas en una polisemia de imágenes arquitectónicas dispersas y extrañas entre sí. En este sentido la arquitectura ha venido a ser metáfora de toda una cultura y revela algunas de sus constantes: fragmentación de las concepciones políticas, discontinuidad espacial y exclusión de la calidad ambiental como criterio relevante.

Si la arquitectura de vanguardia fue una metáfora de carácter utópico del poder técnico, la arquitectura fin de siglo es la metáfora banal del poder económico.

El antiguo sueño de una ciudad que fuera el espacio de la convivencia, con una planificación saludable y que fuera el escenario del progreso, no existe. Las ciudades modernas se enfrentan al fenómeno de su propio crecimiento incesante, y ante la megalópolis lo cotidiano cae en el olvido. Los detentadores de la acción, políticos, promotores, arquitectos, planificadores, han diseñado utopías intransitables, a partir de mitos sociales envejecidos, han logrado que entre el proyecto y la demanda real de las necesidades de los habitantes haya poca o ninguna relación. Por ello la ciudad actual es el centro y el resumen de todas las contradicciones y

⁸ Vid A. Fernández Alba, *La metrópoli vacía* (Barcelona, 1990), p. 73.

⁹ *Ibidem* p. 75.

conflictos de la civilización industrial y viene a ser el resultado de su evolución.

El vacío de las ideologías que querían planificar el espacio en función de ideales sociales, ha llevado a la ciudad concebida como un escenario, de la *ciudad máquina* hemos pasado a la *metropoli espectáculo*¹⁰. El valor del suelo y la imagen formal mantienen la cohesión de lo que por otra parte carece de unidad estructural.

A pesar de ello, comienzan a destacar dos elementos que cada vez aparecen ante la conciencia colectiva, con independencia ya de las antiguas concepciones totalizadoras, como dos necesidades humanas que la ciudad debe si no satisfacer sí por lo menos no hacer que se vuelvan imposibles. Por una parte las exigencias de un urbanismo que no sea destructor del medio ambiente, una especie de imperativo ecológico que empieza ya a ser un factor importante. Por otra la noción de la ciudad como *lugar*, como ámbito de pertenencia y vinculación, como un entorno en el que sea posible la identidad y no el anonimato¹¹.

Por ello la transformación urbanística tiende hoy a fijarse como objetivos recuperar un sentido de la ciudad y de la casa que respete su entorno natural y armonice con él, como ya proponía Wright¹² a principios de este siglo, y que entronque con la tradición cultural e histórica de sus habitantes, según propone Aldo Rossi¹³.

Es posible que planteamientos como el de Wright puedan parecer hoy un tanto románticos para un hombre que se mueve cada vez más en un medio artificial, de forma que le resulta cada vez más difícil, pero también más necesario, entroncar con la naturaleza. Desplegar la arquitectura en el medio ambiente, realizar construcciones que por sus formas y materiales parecen brotar espontáneamente del suelo como destacando de los amontonamientos urbanos masificados, puede parecer una lejana utopía o una solución para élites. Y sin embargo, uno de los retos del hombre

¹⁰ Ibidem p. 92.

¹¹ Y esto es así aunque sea como consecuencia de la crisis de la razón. *La falta de fe en la razón que tiene el hombre postmoderno le hace girarse hacia otros agarraderos, como la naturaleza o la historia* vid. A. de Vicente, o.c., p. 35.

¹² F. L. Wright, *Ausgebürhte Bauten und Euhüsbe* (Berlin, 1910), *The Natural House* (New York, 1954).

¹³ A. Rossi, *L'Architettura della città* (Milano, 1966).

contemporáneo es compaginar la resolución del problema del alojamiento con el de su integración en la naturaleza.

Actualmente el problema no se reduce a una cuestión puramente formal y técnica, sino que la conciencia de que es necesaria una ecología urbana se ve en relación directa con la necesidad de una ecología medioambiental y a la inversa.

Problemas como la superpoblación, el derroche de energía, la utilización de recursos naturales o el impacto de nuestra forma de vida en el medio ambiente, se han incorporado a la noción misma de entorno humano.

Estos problemas, que hay que plantear a niveles globales, atañen directamente a la concreción de las ideas arquitectónicas y urbanísticas. Como señala De Carlo, esto conlleva *una ampliación disciplinar de la urbanística hasta comprender todo el ambiente, o la formación de una nueva disciplina que se ocupa del ambiente e incluye la urbanística como caso particular*¹⁴.

Ambas cuestiones son ya inseparables. La idea de una arquitectura significativa y de una planificación urbanística adecuada son ya incomprendibles sin la de adecuación y respeto al medio.

Siendo esto difícil, no lo es menos hallar el equilibrio entre lo viejo y lo nuevo, entre nuestro pasado y nuestro presente. Después de un periodo de anarquía en el que las ciudades han ido creciendo caóticamente, incluso arrasando indiscriminadamente lo que se había ido decantando a lo largo de una evolución urbanística de siglos, se hace ahora una apuesta decidida por el respeto y la integración. Respeto por los centros históricos y por las distintas ciudades que se han ido conformando dentro de una misma ciudad, para integrarlos en la organización del entorno urbano del presente.

El problema del respeto al pasado remite al problema de la identidad y a la conciencia de que hay una cualidad del espacio físico que el proyecto arquitectónico y urbanístico han de respetar¹⁵.

Es la seguridad de que el lugar no es indiferente, sino que todo acontecimiento espacial está vinculado al contexto físico y social del lugar.

¹⁴ G. De Carlo, *Gli spiriti dell'architettura* (Roma, 1992), p. 23.

¹⁵ De Carlo, *ibidem* p. 44.

Por lo tanto, no se trata sólo de la conservación de un legado histórico que nos permita una identificación cultural, sino también del respeto hacia aquel modo específico de coexistir en un determinado lugar que nos permita identificarnos como comunidad.

Aunque como ya se ha dicho, no encontramos todavía orientaciones bien definidas, en diferentes propuestas arquitectónicas se evidencia una búsqueda de la simplicidad de las formas y la austeridad de las líneas, una arquitectura que no es ya *high tech*, no es ya una hierofanía del poder técnico, sino una arquitectura entendida como arte de hacer posible, por medio de la técnica y la sensibilidad estética atentas a la necesidad humana, que un espacio sea habitable, a base de estudiar cuidadosamente y buscar ingeniosamente la mejor solución: la solución a la medida humana.

Estamos llamados a descubrir, como señala Perrault, esa poesía evidente que hay en la modernidad, que se expresa en los nuevos materiales, en las nuevas líneas y formas; a recuperar *un arte urbano* que nos asegure las condiciones idóneas para satisfacer nuestros deseos y nuestros sueños.

Se trata, por tanto, de una arquitectura basada en la idea de la estetización del medio ambiente urbano, que se atenga a las necesidades de una sociedad industrial, con ciudades masificadas y tecnológicamente avanzadas, pero en las cuales la sensibilidad del hombre encuentre ocasión de verse satisfecha en su necesidad de armonía y belleza.

La cuestión, para decirlo con pocas palabras, es que la estetización del espacio urbano no es sólo una exigencia de la sensibilidad, es más, ni siquiera es sólo algo concurrente con un ideal de sociedad mejor, es una necesidad, y urgente además, de carácter global. Podría decirse que el problema de la estetización del espacio urbano es la única solución al problema de la humanización de la ciudad, y por lo tanto es la única salida al problema de la ecología humana en las sociedades postindustriales.